



Tanto con tan poco

Los estudios literarios en Argentina
1958-2015

Analía Gerbaudo

Anexo 5

~
**Los estudios literarios
en Argentina y en España**
Institucionalización
e internacionalización

Analía Gerbaudo
Max Hidalgo Nácher
directores

ediciones UNL

CIENCIA Y TECNOLOGÍA

**UNIVERSIDAD
NACIONAL DEL LITORAL**

 **ediciones UNL**

Consejo Asesor
Colección Ciencia y Tecnología
Graciela Barranco
Ana María Canal
Miguel Irigoyen
Gustavo Ribero
Luis Quevedo
Ivana Tosti
Alejandro R. Trombert

Dirección editorial
Ivana Tosti
Coordinación editorial
María Alejandra Sedrán
Coordinación comercial
José Díaz

Corrección
Félix Chávez
Diagramación interior y tapa
Julián Balangero

Imagen de tapa
Escritura (17), de León Ferrari
96 x 185 cm, impresión heliográfica
Sede: Casa Central MAC-UNL

© Ediciones UNL, 2024.

—
Sugerencias y comentarios
editorial@unl.edu.ar
www.unl.edu.ar/editorial

Gerbaudo, Analía
Tanto con tan poco : los estudios literarios
en Argentina 1958?2015 / Analía Gerbaudo ;
Prólogo de Nora Catelli. - 1a ed - Santa Fe :
Ediciones UNL, 2024.
Libro digital, PDF/A - (Ciencia y Tecnología /
Archivos en construcción)

Archivo Digital: descarga
ISBN 978-987-749-456-3

1. Estudios Literarios. 2. Educación Superior.
3. Crítica Literaria. I. Catelli, Nora, prolog.
II. Título.
CDD 860.9982

ISBN Obra Completa 978-987-749-353-5

Serie Archivos en construcción
Directora: Analía Gerbaudo
Comité científico de este tomo:
Raúl Antelo, Fernanda Beigel, Nora Catelli,
Graciela Goldchluk, Anna Gargatagli,
Bénédicte Vauthier.

© Analía Gerbaudo, 2024.
© Raúl Antelo, Nora Catelli,
Max Hidalgo Nâcher, 2024.



Anexo 5

Un testimonio

Se transcribe completo el testimonio dado por Susana Romano Sued en la Megacausa La Perla (cf. Comisión Provincial por la Memoria, 2012)

En la noche que va del 24 al 25 de junio de 1977, a las 3:15 de la madrugada, al punto que salía de la ducha en casa de mis padres, de Obispo Oro 438 de barrio Nueva Córdoba, sonaron violentos golpes en la puerta de la calle, en la planta baja (la vivienda consta de dos plantas). Antes de bajar a abrir y debido a que me encontraba en camisón y sin ropa interior y con los cabellos aún mojados por el baño, opté por asomarme a la ventana de la habitación de mis padres, en la planta alta, para preguntar quién era, para asegurarme de qué se trataba, previo a toda otra acción. Me gritaron «Abran, abran, es la policía, ¡abran ya!». Mis padres, que se despertaron por el estridente ruido, me dijeron que, si era la policía, entonces había que abrirles, ya que nada teníamos que temer u ocultar... Abrió la empleada doméstica y cuatro sujetos con medias de nylon en la cabeza y botas subieron a la planta alta donde estábamos con mis padres, que se habían levantado de la cama. Los golpearon y zamarrearon, despojándolos de relojes y anillos, y a patadas los metieron en el baño, al mismo tiempo que tres o cuatro personas más, entre ellas una mujer pelirroja, entraron a mi dormitorio donde me había quedado paralizada de terror. Allí me taparon la boca y me tiraron una frazada en la cabeza y se pusieron a hurgar en los muebles y cajones, que tironeaban violentamente y arrojaban al suelo. Y escuché que encontraban mi documento de identidad y que decían: «Susana Nelly, esta no es. No es Silvia». Ahí me empujaron escaleras abajo, descalza, temblando de terror por mi hijito Miguel de un año y

medio que dormía en su cuna en la tercera habitación de la planta alta, temiendo que le hicieran daño, que se lo llevaran. Por suerte no alcanzó a despertarse, a pesar de los gritos e insultos y la violencia y los ruidos que hacían los secuestradores... Una vez en la calle helada, me subieron tapada con la frazada a un vehículo que estaba estacionado junto al cordón de la vereda, que creo que era un Valiant de color bordó, y alcancé a ver por una arruga abierta en la frazada que un hombre de bigotes estaba al volante, a cuyo lado se sentó la mujer pelirroja que vestía ropa de uniforme militar. Atrás me sentaron, sosteniéndome la cabeza hacia abajo del asiento, al medio de dos personas que me insultaban, me toqueteaban los muslos cerca de la pelvis, diciéndome que no fuera guacha, que me quedara piola. Alcancé a ver que tenían botas de uniforme militar. El que manejaba y la mujer dijeron algo sobre mí, cuchicheando, y me preguntaron si vivía alguien más en la casa. Yo les contesté como pude desde abajo de la colcha que no, que nadie más. Tras un viaje de muchas vueltas se detuvo el auto y me apretaron bien la colcha para evitar que viera. Me bajaron dándome puntapiés en los tobillos y zamarreándome de los brazos, y empujándome por la espalda, mientras me insultaban. Recibía, además de las presiones en los brazos, órdenes para dar pasos: «Hacia adelante, ahora doblá, parate, seguí, parate». Sentí que estábamos en un descampado por el frío intenso que hacía, como en una especie de gran patio con piso de tierra, oía voces múltiples como de órdenes militares, y escuchaba que barrían el piso de tierra. Luego sentí un escalofrío y un castañeteo de dientes cuando escuché que daban la orden de apuntar y descargar: «¡Apunten, ya!». Tenía un frío tremendo y sin embargo transpiraba abundantemente y el corazón me latía como si me hubieran dado dosis enormes de anfetaminas. Escuché los ruidos de armas al acomodarse apuntando. Por la pequeña hendidura que dejaba una arruga de la colcha, miré hacia el suelo de tierra y alcancé a ver muchas botas. Me preparé para morir, diciéndome, este es el final, que sea, que ya no dure más, así se termina esta espera que ya llevaba un largo tiempo. Pensé: «Ahora te toca a vos, es increíble, siempre tuve miedo de que este momento llegara». Los pensamientos de muerte se me mezclaban con trivialidades, como por ejemplo cómo me iban a quedar los cabellos mojados en la tumba, o que mi cadáver sin ropa interior iba a ser algo muy indigno —si es que alguien lo encontraba alguna vez— o cómo me gustaría tener puestos los zapatos que había visto el otro día en una vidriera. Las cosas más banales concentraban mi atención por periodos que me parecían interminables, aunque solo fueran segundos. El tiempo me parecía como suspendido e irreal. Y al mismo tiempo tenía una conciencia exagerada de los sentidos: había un olor fuerte y penetrante a metal mezclado con flores marchitas; tenía mucho frío y la piel de gallina, al mismo tiempo que sentía que la transpiración me chorreaba por las axilas, por debajo del busto, por

entre las piernas. Y aguzaba el oído y distinguía entre carcajadas masculinas y órdenes, algunos chillidos de puertas, y unos gritos a lo lejos. Un grito seco dijo «¡Fuego!», y creo que perdí el sentido por un instante. No dispararon. Y fue en ese mismo momento en que todo el terror y la descompostura me vinieron juntos. Porque me di cuenta de que era la iniciación violenta en un mundo de simulacro cuya primera consecuencia, tras haberme producido el terror más intenso, era la humillación. La burla acerca de mi ostensible miedo, con carcajadas y frases que decían: «Qué cagazo, flaca, ¿no?», no solo no me permitió aliviarme por no haber sido fusilada, sino que ingresé en ese abismo, en ese camino de incertidumbre y de prórroga. La mente se me volvía algo raro, pensaba a una velocidad en infinitas cosas, tenía mucho miedo de que ahora se dieran cuenta de que no llevaba ropa interior, pensaba en mi hijo, a dónde se lo habrían llevado, en mis padres, en los golpes y malos tratos que les habrían dado, en el desorden que seguramente había quedado en la casa, el rastreo que harían de mi hermana y la posibilidad de que la encontraran y la mataran. Trataba de establecer alguna forma de sucesión temporal, calcular la hora que era, o cuántos minutos podían pasar entre una orden y otra, o entre un paso y otro, estableciendo una temporalidad, una cronología a la que pudiera aferrarme. Luego del simulacro de fusilamiento, me llevaron a empujones hacia un lugar cerrado, siempre con instrucciones para dar pasos, que muchas veces eran equívocas y me hacían tropezar, y trastabillar, lo que de inmediato generaba simultáneamente risas y enojo, pues se me insultaba por no saber caminar. La privación de la vista con la consecuencia de la desorientación espacial era una forma de sometimiento, de debilitamiento, por sentir estar completamente en sus manos, a su total merced. Ser mirado y no poder mirar, así como desordenar la sucesión del tiempo y la medida del espacio, son cosas que me parece que aumentan la debilidad y la indefensión del prisionero. La adaptación a esas disminuciones, una especie de rutina de discapacidad también resultaba algo precario, pues siempre había irrupciones e interrupciones en todas las cosas, y eso impedía establecer frecuencias previsibles, rutinas de algún tipo que pudieran servir de organización biológica o mental. Después, dos personas me tomaron de los brazos, siempre con empujones y órdenes direccionales, y confusas, que me hacían trastabillar (a la derecha, adelante, doblá, pará), y me llevaron por unos pasillos hasta un lugar que tenía muy mal olor y que era helado, y me arrojaron sobre un colchón pelado, y con olor a orín. Me pareció que no había nadie más en ese lugar. De golpe, y a pesar de estar todo el tiempo tiritando y con una taquicardia intensa, me había venido mucho sueño, así que me dormité no sé cuánto tiempo hasta que sentí que un cuerpo era arrojado en el mismo colchón en que yo estaba. Para distinguir de quién se trataba, rocé las piernas de la persona. Las piernas estaban muy calientes. Era

una mujer. Ella dio un grito y me dijo que no, que no la tocara porque yo le había rozado en las heridas que le habían hecho los elásticos metálicos de la cama donde le venían de aplicar la picana eléctrica. Esa mujer, una chica de 24 años, se llamaba Analía Ribaudó, era de Cañada de Gómez, Santa Fe, y estudiante de Psicología. Me dijo que la llevaron de su casa mientras estudiaba con su compañera, una tal Marilín. El hecho de que hubiera conmigo otra persona me producía una especie de alivio, de consuelo, pero también de terror, pues podía ser una persona espía, que me quisiera sacar información. Sin embargo, cuchicheábamos en voz baja y nos empezamos a contar cosas, con una especie de confianza, como si fuéramos amigas de mucho tiempo. En el cuarto empecé a distinguir las voces de otras varias mujeres. Nos tenían acostadas en el piso, que era la posición que en general conservamos durante todo el cautiverio. Al rato de traer a Analía, trajeron a otra persona, esa tal Marilín o Marilí, de la que me había hablado Analía (creo que era María de los Ángeles), que era su amiga y su compañera; y a la que más tarde le pude ver la cara: era rubia, robusta y de gran estatura. Se creó enseguida una especie de comunidad de mujeres. No sabría decir cuántas éramos, o cuántas fuimos en total, durante todo el tiempo que estuve prisionera. Pero por lo que se decía, creo que llegamos a ser cuarenta. Así empezaron a pasar varios días y noches, y yo no sabía qué pasaba conmigo, por qué estaba allí, aunque deduje que tenía que ver con la Escuela de Psicología, pues casi toda la gente que iba llegando eran estudiantes de allí. Me enteré de que ese lugar era el Campo de la Ribera, que estaba cerca del cementerio de San Vicente, y que era un lugar «de paso» hacia otros lugares, como la Cárcel Penitenciaria, si se legalizaba a los cautivos y se los ponía a disposición del poder ejecutivo (PEN); o La Perla, o simplemente era la antesala de lo que ellos llamaban traslado, es decir, el asesinato de los cautivos... Nos hacían dormir con la luz encendida y con la venda puesta, sobre los colchones pelados y con unas mantas, pero en intermitencia, pues siempre el sueño era interrumpido con gritos, golpes, alumbrados violentos en el rostro, etc. Con las compañeras, de a poco, nos empezamos a contar nuestras historias, estableciendo vínculos entre nosotras, y tratando de construir un orden cotidiano, que nos permitiera contar los días, aferrarnos a un transcurrir, y a una esperanza de sobrevivencia y hasta de libertad en un futuro cercano. Yo oscilaba entre la desesperación más absoluta por la incertidumbre de lo que pasaba y lo que pasaría, matizada por esa cotidianidad del durar y por las historias de las compañeras, que eran lo único humano para mí. También sosteníamos conversación con algunos de los guardias que eran soldados de la gendarmería, todos de otras provincias, sobre todo del Litoral y del Chaco y Formosa y muy jóvenes, creo que porque hacían el servicio militar en esa arma. Eso le daba un cierto rasgo de grupo social, saliendo de esa animalidad que imponía el cautiverio. La vida

en cautiverio tenía su propia rutina, aunque los represores nos sometían permanentemente a toda clase de sobresaltos, con periodos de aparente calma, que eran interrumpidos siempre con violencia. Nos alimentaban con mate cocido, pan y alguna comida caliente, al límite mínimo de sobrevivencia, como se puede alimentar a animales domésticos, y éramos custodiadas permanentemente por los gendarmes; para ir al baño (letrinas), nos llevaban los gendarmes uno de cada lado y vendadas siempre, vigiladas cuando hacíamos nuestras necesidades, sometidas a la vergüenza de ser vistas y no ver, y estar expuestas a las risas y burlas. Durante las noches nos iluminaban la cara a través de las vendas con linternas potentes. Entre las compañeras hacíamos cosas las unas por las otras, nos acomodábamos los colchones o las ropas, tratando de armar un mundo que pudiera sustraerse a la intervención constante de los guardias e interrogadores. Pero, como he dicho, todo lo que se hacía rutina era violentado de manera brutal, o con gritos, órdenes de cualquier tipo, caprichosas, amenazas, una forma de tortura psicológica que se añadía a los malos tratos físicos. Me vinieron a buscar una madrugada para interrogarme. Me levanté del colchón mientras mis compañeras me daban fuerzas, dale flaca, sé fuerte. Me llevaron a empujones por unos corredores, dando las consabidas órdenes equívocas, por lo que yo tropezaba o me golpeaba contra las paredes de los corredores; luego de pasar por un patio entramos a una habitación en la que se escuchaban órdenes: «Cantá, hijo de puta, cantá». Y aullidos de dolor de mujeres y hombres, ruidos de golpes, insultos, carcajadas, voces que decían «mirá que le vamos a hacer parir el chico ahora mismo» mezcladas con sollozos de mujeres y alaridos. En ese lugar me manotearon muchos gritando y riendo, me levantaron el camisón y me acercaron una resistencia eléctrica al rojo vivo y me manosearon las piernas, y alguien que parecía tener mi documento de identidad, y que hablaba con tonada porteña (después supe que era un oficial al que apodaban Villegas), me fue preguntando los nombres, la edad, la profesión, la actividad, siempre con la resistencia eléctrica caliente encima. Yo les contesté esas preguntas; además me preguntaban por un tal Nando, que según ellos era mi novio, y que querían saber dónde estaba, y dónde quedaba la imprenta. Me llamaban Nelly Sued, es decir, por mi segundo nombre y por mi segundo apellido, burlándose de mi identidad, diciéndome «la vieja», «la vejeta», ya que, con treinta años de edad, era mucho mayor que la mayoría de las prisioneras que eran, casi todas, estudiantes de Psicología. Los interrogadores que recuerdo eran ese tal Pelado Villegas, que hablaba con acento de Buenos Aires y que después supe que era un oficial de apellido Cecci; un tal Chaplin o Carlitos, al que le faltaban los dos dientes frontales de arriba y usaba bigotes, y era el que manejaba el auto cuando me secuestraron, y que según la confidencia de uno de los gendarmes custodios al que llamábamos Sergio era de nombre Enrique Mafei;

un tal Pedrito, que había pertenecido al ERP y que ahora colaboraba con los torturadores y supuestamente era comprensivo y trataba bien a los prisioneros. «Colaborá, flaca, colaborá, y vas a ver que no te va a ir tan mal», decía. En uno de los interrogatorios recuerdo que me dijo que era del signo Aries. Y después quedó así, cada vez que me interrogaba, me decía, «soy Aries, ¿te acordás, flaca?». Todas las noches la oficiala pelirroja venía con una caja de cartón que yo alcancé a ver a través de la venda que tenía letras impresas que decían: Ejército argentino. La pelirroja tenía uniforme del ejército, color caqui, y botas. De la caja sacaba genioles, algodón, gotas para los ojos, y nos las ponía, pues todos teníamos conjuntivitis a causa de la venda sucia y ajustada. A algunas nos tomaban la fiebre. Yo todo el tiempo rogaba que no me viniera la menstruación, o que no tuviera ovulación por temor a las violaciones, y pensaba en las prisioneras de los campos nazis recordando que como defensa del organismo se les cortaba la menstruación. Por suerte nunca menstrué durante los 48 días que duró el cautiverio. Después de unas cinco horas de estar de pie en el patio y con los brazos en alto, que luego no podía bajar, pues me habían quedado helados, contracturados y rígidos, un gendarme me vino a buscar y me llevó zamarreándome y pateándome los tobillos a la sala de interrogatorios. Allí Villegas me dijo: «Tenés miedo, ¿no? ¡Por algo será!», y me agarró el cuello y me apretó fuertemente a la altura de las arterias. «¡Por qué tenés tanto miedo, guacha! ¡Ahora que te cantaron ya no te vas a hacer más la burra!», gritaba, mientras otras personas me daban patadas en los tobillos y en las nalgas y me manoseaban la pelvis. «Ahora no salís más de acá». El terror consiguiente, cotidiano, se prolongó hasta que semanas más tarde me llevaron de nuevo al calabozo incomunicada, en el que estuve 48 horas. Vinieron a buscarme. Me pusieron un saco sobre el camisón, me tiraron una colcha en la cabeza, me tomaron por los brazos, pasamos por dos patios, entre alaridos y cuchicheos, órdenes y gritos militares. De pronto, se hizo un silencio en medio del patio; pensé que me iban a liquidar, pues no me creía toda la escena de la liberación. Pero me llevaron hasta un auto, me subieron atrás entre dos custodios. Adelante manejaba Carlitos y a su lado iba un hombre corpulento. Empezó un viaje larguísimo que calculo que duró como 40 minutos. Yo me daba cuenta de que daban vueltas y vueltas para despistar. Llegamos a una esquina, frenaron y me hicieron bajar, diciéndome que no me moviera ni me diera vuelta hasta terminar de contar hasta 100. Yo escuché cómo detrás de mí se iba el auto. Conté hasta 100, me saqué la venda, y vi que estaba en la esquina de Obispo Salguero y Obispo Oro, a unos 50 metros de mi casa. Era una noche helada. En medio del frío y del silencio total me puse a correr. Llegué al frente de la casa. Empecé a golpear la puerta de calle y entré. Todos me abrazaron. Y me quedé despierta toda la noche contando de a poco lo que podía. Cuando ya era de día

me di el primer baño en cuarenta y ocho días. Me puse una ropa interior, me di cuenta de que había perdido 9 kilos. Tenía las encías sangrantes y había sufrido una masiva descalcificación. Tomé un café en una taza, sentada en una mesa, tiritando, y con una rara excitación. Tenía muchas dificultades para ver, pues me había quedado una inflamación en las conjuntivas de los ojos. Me enteré de que habían asaltado la guardería de mi hermana, que también habían allanado el negocio de mis padres que quedaba en la calle Buenos Aires casi esquina San Jerónimo («Mamita y Yo») y que habían maltratado a todos y robado dinero, relojes, joyas y ropas. (Megacausa La Perla, 2016) (Romano Sued, 2020:134-141)

